

Género y movimientos sociales: la participación de las mujeres en la Plataforma en Defensa del Ebro.

Eva Alfama, Neus Miró, Marc Martí, Laura Giménez, Anna Obradors, Robert González (IGOP- UAB).

RESUMEN:

Este artículo pretende analizar la movilización contra el Plan Hidrológico Nacional de 2000 incorporando la perspectiva de género a las teorías sobre la acción colectiva. Examinamos cómo se dan las desigualdades de género en el interior del movimiento, determinando los distintos mecanismos de exclusión y reparto de tareas y el papel desempeñado por el género en éstos. Asimismo, mostramos cómo los roles e identidades de género influyen en las prácticas políticas de las activistas, en términos de motivaciones, obstáculos, resistencias, posibilidades y facilidades que encuentran en su participación. Con todo ello pretendemos ilustrar cómo la construcción social del género afecta a las características, formas de acción e impactos de los movimientos sociales, y cómo es necesario tener este elemento en cuenta para una comprensión adecuada de éstos.

PALABRAS CLAVE:

Movimientos sociales, Género y Participación Política, Mujer, División Sexual del Trabajo.

De todos los aspectos relacionados con la influencia del género en la participación política, el más desarrollado en el Estado español es el análisis de las desigualdades en la participación de las mujeres en la política institucional, partidista y/o electoral (Valiente, 2002). Pero ¿qué ocurre con la política no institucional y con la implicación de las mujeres en los movimientos sociales?

Las escasas investigaciones existentes sobre género y movimientos sociales se suelen centrar en el análisis de los movimientos de mujeres o alrededor de temas relacionados explícitamente con el género (ya sea para contestar las visiones tradicionales o para reforzarlas, como por ejemplo el movimiento feminista o el pro y contra-abortista). Es decir, sólo se toma en cuenta el género cuando aparece explícitamente y es determinante algún aspecto relacionado con las mujeres y la feminidad: cuando se habla de género, pues, se está hablando en realidad de las mujeres. Lo femenino constituye el género visible y marcado, la desviación y la diferencia; mientras que lo masculino, en tanto que es hegemónico, se subsume en lo universal, se invisibiliza y no suele ser analizado en términos de género. Así, hasta hace poco tiempo las teorías sobre acción colectiva apenas si han trabajado de una forma sistemática la influencia del género en la emergencia y desarrollo de toda la protesta social (Taylor, 1999, Valiente, 2002)¹.

A lo largo de este artículo pretendemos contribuir a este debate basándonos en el estudio de un movimiento social mixto (la Plataforma en Defensa del Ebro), con un análisis que vincula las teorías del género con las teorías sobre la acción colectiva. Discutiremos cómo la construcción social del género modela y conforma la acción colectiva de este movimiento social, afectando a sus características, formas de acción e impactos. Con ello defendemos la necesidad de tomar en cuenta estos elementos para una comprensión adecuada de los procesos de movilización, contribuyendo así a la reconstrucción del conocimiento sobre la acción colectiva desde una perspectiva no androcéntrica.

Hemos tomado como objeto de estudio a la Plataforma en Defensa del Ebro (en adelante PDE) como organización, y dentro de ésta a su núcleo más activista y dinamizador². El movimiento que nos ocupa,

¹ A nivel internacional, recientemente hay un creciente interés por repensar el análisis de la acción colectiva incorporando la cuestión de género. Una valiosa aportación en esta dirección es el monográfico sobre género y movimientos sociales de la revista *Gender & Society* (ver bibliografía), Vol. 13 nº 1 de febrero de 1999, así como el artículo de Einhower, Hollander y Olson en la misma revista (Vol. 14 nº 5 de octubre de 2000).

² Para el análisis se realizó un intenso trabajo de observación participante entre junio de 2003 y mayo de 2004, complementado con veintiocho entrevistas semiestructuradas en profundidad a personas (veinticinco mujeres y tres hombres) que participan activamente en diferentes actividades de la Plataforma, además de numerosos contactos informales para contrastar los datos así obtenidos. La selección de las personas a entrevistar parte de una muestra cualitativa que pretendía recoger las diversas formas que tienen de participar en la PDE, que consideramos podían variar en función fundamentalmente de tres elementos. En primer lugar, de la localidad desde la que participan: Tortosa (la capital, centro neurálgico del movimiento, y con una dinámica política propia) y las zonas más rurales: el Delta del Ebro (la parte más afectada por el trasvase) y otras pequeñas poblaciones del interior. En segundo lugar, del espacio del movimiento donde han participado (asambleas, tipo de comisiones, etc.) y el tipo de participación y tareas que han realizado. Y finalmente, tuvimos también en cuenta que, dentro de las coordenadas determinadas por los dos anteriores

localizado fundamentalmente en las comarcas tarraconenses situadas en el último tramo del río Ebro, es especialmente indicado para ello debido a su más que notable capacidad de movilización e impacto político; así como por la gran participación y liderazgo de mujeres en su actividad.

1. MARCO ANALÍTICO

1.1 Una aproximación a la cuestión de las mujeres y la política:

Por género entendemos “*un sistema de relaciones sociales, simbólicas y psíquicas en el que los hombres y las mujeres son situados de manera diferente*” (Haraway, 1995: 241). Esto se ha concretado históricamente en una relación desigual de poder entre hombres y mujeres, que tiene que ver con la desigual distribución de los derechos, propiedades, ingresos, responsabilidades y conocimientos. La desigualdad por razón de género es, pues, uno de los elementos estructurantes de nuestra organización social que, a su vez, se interrelaciona y se combina con los otros ejes de desigualdad social –la clase social, la edad, la etnia, etcétera- creando múltiples posiciones sociales e identidades.

En las sociedades occidentales las desigualdades de género se han articulado mediante la dicotomía público/ privado, que se introdujo con la revolución industrial y el inicio de las democracias modernas. El espacio público se identificó con el ámbito del reconocimiento y en general se asoció al trabajo que genera ingresos, a la racionalidad tecnocientífica, a la acción colectiva y al poder. El espacio privado, en cambio, se identificó con las mujeres, era menos valorado y quedó enmarcado en el hogar y las relaciones familiares, los afectos y el trabajo no remunerado ni reconocido como tal de cuidado y reproducción de la vida (Amorós, 1994). Estos dos ámbitos no pueden concebirse de forma separada ni complementaria: la producción y reproducción de la vida humana -y las personas que se ocupan de ello- está subordinada a la producción y administración de riqueza.

El contrato social en el que se fundamenta la ideología y teoría política democrática moderna parte de la correspondencia entre el espacio público y el político, y se define explícitamente desde sus inicios como un pacto entre varones propietarios, lo cual implicó la exclusión de las mujeres de la condición de ciudadanas (Amorós, 1994). Esto se justificó con un discurso fuertemente misógino que presentaba esta situación subordinada como complementaria, funcional, a-histórica y consecuencia de unas supuestas características biológicas de este colectivo -su naturaleza pasiva, dócil e incapaz de raciocinio- (Valcárcel, 1997, Juliano, 1992). Aunque en la práctica la participación de mujeres en los ámbitos sustantivos de poder sigue siendo mínima, esta exclusión formal ha sido progresivamente subsanada.

En el ámbito de la política no institucional, la participación de las mujeres en los grandes movimientos emancipadores del siglo XIX fue muy importante, tanto desde su vertiente sufragista y feminista como desde los movimientos mixtos. Aún así, los movimientos sociales generalmente mantuvieron la segregación de las mujeres de los ámbitos internos de poder y dieron poca prioridad a sus reivindicaciones (Juliano, 1992: 161), que sólo se han considerado prioritarias en los propios movimientos feministas.

La primera oleada de luchas, durante el siglo XIX y la primera parte del XX, se centró en reconquistar el acceso formal tanto al espacio político y a la ciudadanía, como a la esfera pública, mediante la educación y el trabajo asalariado cualificado. La segunda oleada de movilizaciones feministas, durante los años 60 y 70, centró su atención en el hecho que, en la época de la igualdad formal, ser ciudadana seguía sin ser equivalente a ser ciudadano, ya que no daba acceso a los ámbitos de poder en igualdad de condiciones; y se orientó a desvelar y denunciar el carácter sexuado de la vida cotidiana. En la actualidad se da una doble tendencia en la que se inserta la movilización analizada: por un lado la consolidación y aceptación del discurso feminista, vinculado con la institucionalización de parte del movimiento feminista; y por el otro, el mantenimiento de las desigualdades de género en todos los ámbitos. Paralelamente, ha ido calando en el ámbito social un discurso reactivo basado en que la igualdad entre hombres y mujeres es una problemática que ya está en buena parte resuelta (De Míguel, 1994).

1.2 La perspectiva de género en el estudio de los movimientos sociales:

Algunos trabajos recientes (Taylor, 1999) proponen que el género y sus intersecciones con la etnicidad, la clase y la sexualidad son un principio organizador de la jerarquía, las prácticas y las identidades

elementos, alcanzáramos la mayor variedad posible de características sociodemográficas (edad, niveles de formación, etc.) y de trayectorias participativas previas, dado que la PDE se caracteriza precisamente por la gran heterogeneidad de sus miembros. En el momento de escribir este artículo, la PDE sigue funcionando, si bien los cambios de gobierno –tanto del autonómico, con la constitución del tripartito PSC-ERC-ICV, como del estatal con el gobierno del PSOE- y la retirada formal del Plan Hidrológico Nacional han modificado en gran medida el contexto y sus estrategias, disminuyendo en gran medida sus actividades.

colectivas en los grupos de protesta. Incluso en movimientos que pretenden ser disruptivos e independientemente de que esto se dé o no de forma explícita, la movilización, los patrones de liderazgo, las estrategias, las ideologías y hasta los impactos o resultados de los movimientos están atravesados tanto por las jerarquías de género como por el conjunto de significados culturales sobre los estereotipos de género³. Y no puede ser de otra manera, puesto que las personas contribuyen a la movilización política desde sus posiciones de género (así como de edad, clase, etnia, etc.), y a su vez interactúan en un entorno conformado por estos ejes de desigualdad.

Como ejemplo, podemos mencionar que frecuentemente los movimientos sociales abordan temas que son más relevantes para uno de los dos sexos: el movimiento obrero históricamente ha tratado temas que atañían especialmente a los varones adultos, mientras que el movimiento vecinal, en su demanda de servicios públicos, se asociaba fundamentalmente a las responsabilidades cotidianas de las mujeres: salud, cuidado de los niños, servicios de proximidad, etcétera. Este hecho ha tendido a influir en el tipo de activistas de estos movimientos, y por consiguiente, en sus prácticas, discursos, formas de organización e identidades colectivas (Einwohner et al., 2000, Rocheleau et al., 2000). De la misma forma, en tanto que las redes sociales donde operan los movimientos están en buena parte estructuradas alrededor del género, tomar este elemento en cuenta ayuda sobremanera a entender cómo funcionan en lo cotidiano los procesos de movilización, los circuitos informales de información y la creación de las identidades colectivas.

Pero todo ello no significa que el género opere por igual en todos los movimientos y en todas las situaciones, sino que debemos desentrañar las interrelaciones concretas que se dan en cada caso para ver cómo han influido en el desarrollo de la movilización social. Poner atención a estas cuestiones es necesario para una comprensión adecuada de la acción colectiva y de sus efectos, así como para evitar que el propio análisis esté atravesado por un sesgo de género que invisibilice las aportaciones y las problemáticas de las mujeres.

1.3 La división sexual del trabajo y las habilidades de género:

La división sexual del trabajo⁴ hace referencia al reparto social de tareas o actividades según el sexo-género. Respecto a esta cuestión, aparecen dos dimensiones relevantes: en primer lugar cómo se renegocian las tareas reproductivas/ productivas en las familias a raíz de la implicación política de las mujeres; y en segundo lugar -lo cual constituye el centro del análisis que desarrollaremos-, la visibilización de cómo se da el reparto del trabajo en el funcionamiento cotidiano de este movimiento social. Observar si se da un diferente reparto de las tareas que se hacen en la PDE en función del sexo (y/o de otros factores como el nivel educativo, la trayectoria activista previa, etcétera), nos permitirá determinar cuáles son las responsabilidades asumidas por las mujeres y qué posiciones les da este reparto en el seno de la organización⁵; para seguidamente analizar cómo éste reparto se produce, reproduce y transforma: cuáles son los mecanismos que acaban determinando que las mujeres hagan uno u otro tipo de trabajos.

En este sentido, consideramos que el reparto del trabajo se debe a dos elementos que podemos relacionar con el género. Por un lado, están los simbolismos de género: los imaginarios sociales, expectativas y patrones de conducta que delimitan lo que es “cosa de mujeres” y lo que es “cosa de hombres”, y que influyen en las orientaciones de los y las activistas; y por el otro lado, el tipo de habilidades que son necesarias para realizar cada tipo de tarea, que están a su vez relacionadas con las identidades de género y sus específicas interrelaciones entre capacidades, valores, subjetividades y orientaciones.

Las actividades que se realizan en un movimiento social tienen diferentes características: algunas requieren de habilidades de gestión y de mediación afectiva, otras de habilidades comunicativas, de capacidad de trabajo en equipo, destreza manual, capacidad de expresión oral y escrita, capacidad de liderazgo, etcétera. Lo que históricamente se ha asociado al espacio público, se ha estructurado y sigue

³ Para un marco teórico más completo y sistemático de los efectos del género en los movimientos sociales, ver el ya mencionado Einwohner et al., 2000.

⁴ En el estudio de la división sexual del trabajo, nos hemos apoyado en los análisis existentes sobre este reparto en el ámbito productivo y reproductivo (ver Carrasquer et al., 1998, Gómez Bueno, 2002, entre otros), adaptándolos al trabajo que se realiza en los movimientos sociales.

⁵ Para ello ha sido necesario realizar una identificación y clasificación previa de estas tareas, basándonos en el seguimiento exhaustivo del funcionamiento de la PDE entre los años 2000-2004 en los diferentes espacios de participación del movimiento. Sistematizamos en un esquema todos los trabajos que se realizan en la PDE para posteriormente analizar qué características tienen las personas que los realizan, qué pautas hay de distribución de los trabajos y en función de qué elementos (edad, sexo, nivel de formación, experiencia previa en la movilización, motivaciones, etc.) se da esta distribución.

estructurándose alrededor de una ética que se presenta como algo “natural” y neutral en términos de género, pero que se basa en determinados valores asociados a lo masculino (Acker, 1990). En tanto que los valores dominantes en nuestra sociedad patriarcal y capitalista son los de la competición, la jerarquía, la especialización, la abstracción y la formalización; la práctica profesional en buena parte se debe basar en el individualismo, la competitividad, la productividad, la habilidad para la abstracción y la planificación, la capacidad de dejar de lado y reprimir las consideraciones personales y emocionales en interés del cumplimiento de los objetivos, la racionalidad y la eficiencia (Kleinman, 2002). De las mujeres que entran en posiciones de toma de decisiones y de poder se espera que sigan este patrón.

Hemos introducido tentativamente los conceptos de “capacitación productiva” y “capacitación reproductiva”, para describir las habilidades necesarias para hacer cada tipo de trabajo. A los fines del análisis de la PDE, hemos definido como **capacitación productiva** la serie de habilidades relacionadas con la capacidad de abstracción y de articulación de discursos formales, de hablar en público y de conocer y utilizar recursos de información. Estas destrezas se adquieren fundamentalmente mediante dos vías: la formal, a través de la educación reglada, y la informal, mediante la vida laboral en un trabajo cualificado o mediante la participación activa en la red asociativa⁶.

Por lo contrario, la capacitación asociada a lo femenino emerge de la experiencia del desempeño de sus roles de género y del trabajo de producción y reproducción de la vida y del cuidado de los demás, que ha fomentado unos mecanismos, estrategias y habilidades especializadas y muy específicas para dirigir la vida cotidiana. La **capacitación reproductiva**, por lo tanto, se concreta en una orientación hacia la informalidad, la concreción y la priorización de las personas y los afectos por encima de las cosas y las ideas (Gilligan, 1985); así como en habilidades tales como la capacidad de gestionar y maximizar dinero y recursos, de tejer redes relacionales, de cooperar y trabajar en equipo, la capacidad de simultanear tareas, las habilidades sociales y comunicativas y el trabajo de mediación emocional y afectiva⁷. Esta forma de hacer característica del género femenino, que tendría en las tareas del cuidado su centro neurálgico, en general es desvalorizada, infravalorada o, cuanto menos, invisibilizada.

2. LA CARTOGRAFÍA DE LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO EN LA PDE:

En base a todos los elementos desarrollados anteriormente, proponemos un esquema analítico basado en dos ejes fundamentales: la **naturaleza de las tareas** y la **visibilidad** que tienen, que nos ayudará a entender las diferentes posiciones de poder, reconocimiento y prestigio que tiene cada tipo de trabajo y por ende que tienen las personas que los desarrollan

	TAREAS DE DIRECCIÓN Y GESTIÓN DEL MOVIMIENTO	TAREAS DE IMPLEMENTACIÓN
TAREAS VISIBLES	<ul style="list-style-type: none"> · <i>Representación formal de la PDE</i>: Portavoces de la PDE (portavoces generales, locales o puntuales) y comisiones de interlocución con partidos e instituciones. · <i>Participación en los debates</i> del movimiento 	<ul style="list-style-type: none"> · Permanencias en el <i>Puesto de la PDE</i>: venta de material, información. · <i>Participación en las acciones</i>

⁶ En función de estos elementos construimos un indicador que nos ha permitido aproximarnos al grado de capacitación productiva de las mujeres entrevistadas.

⁷ Así como con la capacitación productiva nos ha sido posible establecer una gradación (alta, media y baja) en base a unos parámetros objetivos y contrastables, nos encontramos que con la capacitación reproductiva no es así; por lo que nos hemos limitado a desarrollar el indicador y presuponer (como nos muestran los resultados de las entrevistas y de la observación) que en general las mujeres tienen una mayor capacitación reproductiva que los hombres (y algunas mujeres más que otras: las que tienen menor capacitación productiva y/o se han centrado en el trabajo reproductivo inferimos que también tienen un mayor grado que las otras, como hipótesis). Como nos recuerda Celia Amorós (2001) “*El espacio público, al ser el espacio del reconocimiento, es el de los grados de competencia, por lo tanto, del más y del menos.(...) En el espacio público se contrastan las actividades, pero en el privado no hay forma de discernir los distintos niveles de competencia con ciertos parámetros objetivos. Entre varias excelentes amas de casa, todas ellas son igualmente excelentes, pues no hay manera de objetivarlo de acuerdo con unos parámetros. Es el espacio –por lo tanto- de la indiscernibilidad. (...) el espacio público [es] el espacio de los iguales o pares (...) por el contrario, el espacio privado, yo propongo llamarlo el espacio de las idénticas.*”

<p>TAREAS INVISIBLES</p>	<p>· Trabajo en las <i>comisiones</i>: Trabajo técnico (elaboración de documentos medioambientales, jurídicos, comunicados de prensa y artículos) y Actividades organizativas, logísticas, de gestión de recursos y de dinamización de redes relacionales</p> <p>· Representación y difusión informal (portavoces “de calle”)</p>	<p>· Implementación logística, apoyo al trabajo en comisiones, elaboración de material.</p>
---------------------------------	--	--

Respecto a la naturaleza de las tareas, hemos diferenciado entre tareas **directivas** (de organización, gestión y dirección del movimiento) y tareas ejecutivas o de **implementación** de las decisiones tomadas por la Plataforma.

El segundo eje del análisis es el de la visibilidad de los trabajos en el seno del movimiento. Consideramos **visibles** las actividades que se pueden relacionar directamente con la persona que las realiza puesto que se desarrollan en los foros públicos: en la calle (las acciones), frente a los medios de comunicación y los políticos (las tareas relacionadas con la representación formal de la PDE y con la interlocución política) y frente al resto del movimiento (la participación activa en los debates de las asambleas). Como **invisibles**, tomamos en cuenta el trabajo de preparación y organización que está detrás de las tareas visibles y que permite que éstas se realicen. Para explicar esta diferenciación, tomemos el ejemplo de una rueda de prensa: el trabajo invisible sería la preparación de la rueda de prensa, mientras que el visible sería el hecho de tomar la palabra en ella. Ambos trabajos son, en nuestra opinión, directivos, pero con frecuencia no los lleva a cabo la misma persona; diferenciarlos nos permitirá dar cuenta de las jerarquías existentes en la organización.

Cabe destacar que el foco del análisis está en los trabajos y no en las personas: la misma persona puede realizar todos los tipos de tareas. Los cuatro ámbitos están jerarquizados: cada uno de ellos tiene un prestigio y un reconocimiento diferente, y dotan de una diferente capacidad y legitimidad para incidir en la estrategia política del movimiento. A continuación expondremos sintéticamente los resultados del análisis de las características de las personas que realizan cada uno de los tipos de trabajos, siguiendo el esquema del cuadro anteriormente presentado.

2.1 Las tareas visibles y directivas: el debate y la representación

Respecto a la participación en los debates del movimiento⁸: aunque en general la presencia en las asambleas ha sido paritaria, en las mujeres hemos constatado un significativo desfase entre su asistencia y la participación activa en ellas: la mayoría de las mujeres suele ser reticente a tomar la palabra.

Respecto a las tareas relacionadas con la representación formal de la PDE, debemos considerar diversos niveles. Los portavoces generales y permanentes de la Plataforma, que representan oficialmente a la PDE de cara a la sociedad y a los medios de comunicación y que desarrollan buena parte del trabajo de interlocución política, son dos hombres. Configuran la parte más visible del movimiento y son los emisores de su discurso oficial. En las plataformas locales de la PDE⁹, la presencia de mujeres como portavoces es relevante: de las quince que han funcionado, cinco mujeres han ejercido o ejercen actualmente la representación de su municipio. Los portavoces puntuales, que comunican –ya sea a las asambleas o a los medios de comunicación– informaciones derivadas del trabajo de las comisiones son casi todas mujeres, debido a que las comisiones son fundamentalmente femeninas. Pese a esto, las diversas comisiones de interlocución que se han creado para negociar con los partidos políticos son curiosamente las únicas comisiones que no son mayoritariamente femeninas.

Así pues, si consideramos globalmente las actividades de debate y representación nos encontramos con una tendencia común. El grupo de mujeres que sí participa activamente en ellas tiene un perfil similar: una gran dedicación de tiempo al movimiento, una capacitación productiva media o alta, y

⁸ Estos debates se dan en las asambleas, tanto las locales como las generales, así como en las discusiones y procesos organizativos dinamizados a través de Internet. Por la dificultad del análisis de Internet, nos hemos centrado en la observación de las asambleas.

⁹ A lo largo de la movilización han existido 15 Plataformas locales en diferentes municipios de la zona. Estas plataformas, con actividades y asambleas propias, llevan a sus portavoces a la asamblea general y realizan además un intenso trabajo de dinamización a nivel local.

frecuentemente también –aunque no necesariamente- una trayectoria participativa previa intensa. Por otro lado, tenemos un importante colectivo de mujeres intensamente implicadas pero que no suelen participar en estas tareas: un poco más de la mitad coincide con que tienen un nivel bajo de capacitación productiva, mientras el resto tienen un nivel alto o medio.

2.2 Las tareas visibles y de implementación:

Éstas se concretan en dos tipos de actividades. Por un lado, la participación en las acciones: en ellas, es muy notable la presencia de mujeres de todas las condiciones sociales y edades, con un significativo activismo por parte de amas de casa y mujeres jubiladas. Esta intensa implicación de mujeres muy diversas nos permite explicar el tipo de acciones que se han llevado a cabo a lo largo de los cuatro años de movilización, así como buena parte del seguimiento que han tenido; ya que muchas de las acciones se han realizado coincidiendo con la jornada laboral. Esto ha permitido al movimiento tener un elevado grado de inmediatez, una gran capacidad de reacción y hacerse constantemente presente en las calles. Las manifestaciones y marchas, principal baza de la PDE por su carácter masivo, se han caracterizado también por la diversidad de los participantes y por su carácter familiar: se desplazaban familias enteras con sus miembros de todas las edades.

Por otro lado, hay que mencionar el Puesto informativo de la PDE en el Mercado municipal de Tortosa. Éste es el único espacio físico de referencia del movimiento, y se ha convertido en el principal punto de información de cara a la población de la zona, desde donde se difunde información, se recogen firmas, se venden materiales para conseguir recursos y se centralizan numerosos aspectos organizativos y de dinamización y movilización. Este Puesto en el Mercado es un espacio totalmente feminizado y dinamizado con la misma lógica que caracteriza al resto de puestos de venta, pero aplicada a la movilización política: la interacción personal boca a boca, la confianza y el uso de las redes comunitarias y de la vida cotidiana, como desarrollaremos más adelante. Todas estas actividades son realizadas por un grupo de mujeres vinculadas al propio Mercado -como clientas o tenderas- que se caracterizan, en general, por ser mayores de 50 años (muchas de ellas son jubiladas), tener una baja capacitación productiva y una escasa o nula experiencia previa en movilizaciones.

2.3 Las tareas no visibles y directivas: la organización y la difusión informal

Prácticamente todas las tareas de este tipo están protagonizadas y lideradas por mujeres. Más específicamente, cabe destacar la siguiente división del trabajo:

El trabajo técnico (la elaboración de documentos con contenidos legales, medioambientales, económicos, etc.), que requiere de una cierta formación específica, es realizado principalmente por mujeres –y algunos hombres- con capacitación productiva media o alta.

En las actividades organizativas, logísticas y de dinamización, que no requieren de estos conocimientos formalizados (aunque sí de otras habilidades como la capacidad de gestionar y maximizar dinero y recursos, de tejer redes relacionales, de trabajar en equipo, habilidades sociales y comunicativas, etcétera), la presencia de mujeres es casi exclusiva. En estas comisiones destaca la intensa implicación y liderazgo de las mujeres de más edad, menor nivel de estudios y sin experiencia previa en la movilización política.

Por otro lado, está el trabajo informal de difusión y sensibilización a pie de calle, que ha tenido un papel clave en el éxito movilizador de la PDE. Se ha articulado principalmente alrededor del Puesto de la PDE en el Mercado de Tortosa y lo han realizado de forma sistemática principalmente las mujeres mencionadas anteriormente (con una capacitación productiva baja o media, y en general mayores de 50 años).

2.4 Las tareas no visibles y de implementación

En este apartado, tomamos en cuenta actividades que van desde la elaboración de materiales para vender, al apoyo técnico en la traducción y edición de documentos, hasta actividades como colgar carteles, montar y desmontar estructuras para los actos de la PDE, etcétera. Estos trabajos los llevan a cabo hombres (en menor número) y mujeres; de las cuales las que menos tiempo dedican a este tipo de tareas son las que más tiempo dedican al trabajo directivo y visible.

3. GÉNERO Y PARTICIPACIÓN EN LA PDE: Elementos para la interpretación:

A grandes rasgos, podemos afirmar que efectivamente se reproduce la división sexual del trabajo dominante en nuestra sociedad: las mujeres se han ocupado en mayor medida del mantenimiento de la

infraestructura técnica, logística y organizativa de la PDE, liderando claramente todos los ámbitos excepto los espacios visibles y directivos. Se han dedicado, pues, específicamente a lo relativo a la producción y reproducción de discursos y prácticas, pero concentrándose preferentemente en un nivel interno a la organización, en los trabajos que permanecen en la sombra. Por el contrario, el trabajo orientado al exterior de la Plataforma (los ámbitos visibles, representativos y decisorios: el trabajo de representación formal, de enunciación del discurso, de interrelación con las instituciones y partidos, etc.) es el más masculinizado, siendo las mujeres que participan en él las que tienen un mayor nivel de capacitación productiva.

Así pues, la cara invisible del movimiento, la organización interna, lo “privado”, es llevada en mayor grado por mujeres, mientras que la cara visible, la acción y enunciación política, es protagonizada por hombres.

A nivel de reconocimiento, lo que más se valora es el discurso que permite la lucha y la negociación. Pero este discurso no es cualquiera: es sólo el que toma una forma muy determinada (en un lenguaje técnico, formal, basándose en determinados conocimientos, etc.) y se emite desde una posición muy concreta (la de portavoz o interlocutor legitimado por la asamblea). Es precisamente esta posición la que es más difícilmente ocupada por las mujeres, donde se encuentran con las mayores resistencias y se sienten más inseguras. Los sujetos que enuncian este discurso son normalmente hombres, aunque el conocimiento y la fuerza que están transmitiendo provienen de un proceso protagonizado por mujeres.

Esta situación tiene como consecuencia, en primer lugar, que se invisibilizan las decisivas aportaciones de las mujeres, incluso para ellas mismas. En segundo lugar, dado que el protagonismo de las mujeres no se concreta en el proceso de representación y enunciación, ni en la participación en los espacios decisorios del movimiento, el resultado es que se da un significativo déficit de capacidad de incidencia de las mujeres en los debates estratégicos formales del movimiento, de forma desproporcionada al peso específico y la importancia que tiene su trabajo para el proceso de movilización. Por lo demás, es importante destacar que en estos espacios visibles y directivos participan sólo cierto tipo de mujeres, que se sienten preparadas para hacerlo y tienen una capacitación productiva media o alta. Dado que este elemento tiene un importante sesgo de clase¹⁰, la consecuencia es que las mujeres con menor capacitación productiva, que son también las mujeres de clase social más baja y de mayor edad, pese a sus aportaciones clave a la movilización, están especialmente infrarrepresentadas en la política formal del movimiento.

Todo ello nos cuestiona la tradicional visión de las mujeres como pasivas y alejadas de la política y la acción colectiva, pero a la vez que nos plantea algunas preguntas fundamentales: ¿Por qué en este movimiento las mujeres tienen un papel tan activo? ¿Podemos hablar de una diferente forma de participación política? ¿Cuáles son los problemas que se encuentran en los espacios visibles y directivos? ¿Por qué su activismo no se corresponde con una visibilidad del mismo? Creemos que para responder a estas preguntas debemos atender a la cuestión de cómo afecta el género a los diferentes espacios de participación del movimiento.

3.1 La política sexuada: obstáculos, jerarquías, estrategias y habilidades

En primer lugar, abordaremos los obstáculos informales que encuentran las mujeres en su participación, que limitan y/o establecen sanciones informales en determinado tipo de tareas o espacios. Al analizarlos, aunque no explican totalmente este fenómeno, ayudan a entender cómo el modelo de implicación política supuestamente neutro está en realidad construido sobre la base de una visión masculina de la política. La participación política, en definitiva, aún ahora y aún en un movimiento social antagonista y transformador, en muchas de sus vertientes “no es cosa de mujeres”.

Una de las cuestiones que aparece como determinante en la implicación diferencial de hombres y mujeres en la acción colectiva es la cuestión de los tiempos. Las desigualdades de género determinan unas **diferentes condiciones materiales** de la participación entre hombres y mujeres, a causa de la asunción por parte de ellas de la práctica totalidad del trabajo doméstico-familiar. A ellas, a menos que vivan solas, les es más difícil y costoso poder implicarse intensamente, especialmente por la coincidencia entre los horarios del movimiento (de asambleas, reuniones y demás) y los horarios de atención a los niños y familias. Dada la ya difícil conciliación entre la vida laboral y la doméstica, la dedicación de tiempo al trabajo político suele implicar cambios y reorganizaciones en el ámbito familiar y tiende a generar

¹⁰ En la medida que la educación formal y los puestos de trabajo cualificados son su principal fuente de aprendizaje.

tensiones. En las mujeres esta dedicación se suele percibir en su entorno familiar como un cierto descuido a “sus obligaciones”, percepción que no es aplicada a los hombres. Esta culpabilización de las mujeres hace que les sea más difícil participar y que deban justificar constantemente el tiempo que dedican a la PDE para sortear críticas y presiones.

En segundo lugar, constatamos que **la apreciación de la participación** masculina y femenina es radicalmente diferente: lo que se considera normal y positivo en los hombres (hacer de portavoz, participar activamente en la dirección del movimiento, por ejemplo) en las mujeres está bajo sospecha. Hemos visto que cuando las mujeres ocupan los espacios de poder tienen que afrontar ciertas resistencias, bien ilustradas en la cita siguiente¹¹:

“Hay un cierto menosprecio cuando una mujer... Pero sobretodo cuando una mujer es eficiente, y probablemente más eficiente que un hombre. No por parte de todo el mundo, pero yo lo he percibido en hombres alguna vez, y en varios.... Porque si es para decir cosas superficiales o para decir pues: ‘tenemos que organizar una pancarta o tenemos que organizar una cena’ y todo esto... Pero cuando son cosas que requieren un trabajo que no puede hacer cualquiera, como son los contactos políticos y todo esto, yo creo que sí. ... Y que me sorprendía mucho de pensar: ‘¡Bueno! ¿Por qué reaccionan con esta agresividad?’ Y llegas a la conclusión de que es por esto. ... Unas reacciones que van más allá de la polémica, que tenían un elemento de que quien hablaba era una mujer, porque si no lo entiendo.”

En los espacios visibles y directivos (que significativamente son el único tipo de tareas donde las mujeres no son mayoría) para hombres y mujeres el hacerse visible implica una vulnerabilización, la posibilidad de exponerse a determinadas descalificaciones; pero para ellas esto implica un coste más alto. **El hecho de ser protagonistas en estos ámbitos está sancionado.**

“X persona busca estar por encima de ti y entonces busca todas las excusas ... porque ven que el trabajo está bien hecho y no te lo pueden rebatir ... Me consta, tanto en hombres como en mujeres de la PDE, que si tú has tenido éxito en alguna cosa, hayan dicho que ha sido porque... cómo te lo diría... pues que... ¡porque te entendías con alguien! ... ¡O sea que si yo al principio tuve éxito consiguiendo aliados políticos fue porque me entendía con X persona y no sé cuantos más!”

En este ejemplo, los estereotipos de género se han utilizado como arma para descalificar a un oponente político, en este caso interno. Este tipo de desvalorización es una estrategia efectiva y fácil de utilizar: al no poder atacar el contenido de lo que se dice, se mina la autoridad de quien habla; y en el caso de una mujer esto es especialmente fácil y doloroso. Situaciones como esta, por lo que hemos visto a lo largo de la investigación, no son habituales, pero sin embargo nos muestran los contornos de las jerarquías implícitas existentes en el movimiento, que se visibilizan especialmente en los momentos de tensión. Los hombres adultos y con larga experiencia militante ocupan las posiciones más elevadas en esta jerarquía. Las mujeres deben atenerse a una normativa informal enormemente fuerte que regula cómo pueden ocupar estos ámbitos de poder, que se concreta en una diferente vara de medir, más exigente (Valcárcel, 1997: 115). Por ello en las entrevistas reiteran constantemente su voluntad de no protagonismo: por encima de esta recurrente justificación planea el temor que al visibilizarse se les adjudiquen intereses espurios y personales.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que estas resistencias con las que se encuentran ni son protagonizadas sólo por hombres ni provienen únicamente del exterior. El asumir determinado tipo de posiciones (la actividad de portavoz en una negociación política, por ejemplo) implica para las mujeres romper con sus roles de género, con lo cual muchas veces se resisten a ello aunque se les proponga. Para los hombres no es un impedimento asumir el conflicto y las descalificaciones que puedan ir asociadas, pero en el caso de las mujeres los conflictos se suelen vivir de una forma mucho más incómoda, visceral y amenazante.

Los obstáculos mencionados se traducen en una mayor autoexigencia, que frecuentemente se concreta en la renuncia de muchas mujeres a ocupar estos espacios: son ellas mismas las que buscan la invisibilidad y se centran en aportaciones desde las que se sienten más cómodas, menos juzgadas, y que pueden hacer a su manera. Pero más allá de esta autoexclusión, las mujeres además necesitan **legitimar su participación**, mientras que en el caso de los hombres esto no es necesario, se da por supuesto. Sienten que deben justificar el tiempo y esfuerzos empleados frente a su entorno personal, frente al resto del movimiento

¹¹ Procedente de la entrevista a un militante masculino de la PDE.

(para fundamentar su toma de palabra y su activismo), y probablemente también en relación a sí mismas. Para ello despliegan dos estrategias.

Las mujeres de la PDE en general sólo han participado en el espacio visible y directivo en el caso de que o bien nadie más lo quiera hacer (caso de las portavoces locales) o bien si pueden apelar a un sólido *background* de trabajo que sea irrefutable, marcado por el tiempo que llevan militando o por la intensidad de la dedicación actual (medida en horas dedicadas, carga de trabajo y “productividad”). La estrategia de las activistas que sí han optado por participar en los espacios de poder y decisión del movimiento, pues, ha sido la de fundamentar su toma de palabra en una sobrepreparación y en una intensa implicación.

Pero la mayoría de las mujeres entrevistadas, además, han desarrollado una estrategia consistente en apelar a la vinculación emocional, la emotividad y la pasión, tomando estos elementos como bandera; recurriendo así a los estereotipos tradicionales de género para justificar su participación. Todas las mujeres entrevistadas tienen una forma muy personal, vivencial y hasta visceral de vivir y concebir la movilización de la PDE y su implicación en ella¹². La mayoría establecen un vínculo casi orgánico entre ellas, la Plataforma, la familia y la comunidad.

Si bien a grandes rasgos este tipo de discursos emocionales sobre la participación política son compartidos por todas las mujeres entrevistadas¹³, también lo es que las más politizadas y con un nivel alto o medio de capacitación productiva tienden, además, a recurrir a argumentos más “fríos”, de tipo científico, político e ideológico. La apelación al sentimiento y a la pasión es más característica de las mujeres con menos experiencia participativa previa y con menor nivel educativo. Creemos que esto es debido no sólo a que quizás tienen una vivencia menos ideológica de la participación; también tiene relación con que esta apelación al sentimiento constituye una estrategia de legitimación en su implicación en el movimiento.

Parten de la “naturalidad” de sus vínculos con la comunidad y la familia, por lo que éstos son tan fuertes que no pueden evitar luchar en su defensa. Como dice una de las entrevistadas: *“luchar por la PDE es luchar por mi familia”*. Utilizan, pues, los implícitos y los imperativos de género para resignificarlos y así usarlos en su favor como justificación absoluta e irrefutable de su implicación, rechazando la afirmación que “la política no es cosa suya”. Además, como es una tarea que formalmente no hacen para ellas sino para los demás, así consiguen sortear más fácilmente las críticas que puedan aparecer en su entorno familiar. Como ejemplo, una de las entrevistadas, a la pregunta de ¿qué cambios en su vida cotidiana le ha llevado su implicación en la PDE?, afirma:

“Uy, pues un buen trauma con mi hijo [de ventipocos años] porque mi hijo dice que salvaré el río pero perderé la familia. ... Por esto mismo yo le digo ‘sí, cariño, yo salvaré el río y salvaré la familia. Porque el río es vuestra herencia de mañana’. ... El río es de todos, y es un bienestar de todos, aunque ellos, mi hijo por lo menos, no lo quiera comprender. Mi hijo dice que el río no es suyo, yo le digo que el río tampoco es mío, no pasará nunca por el comedor de casa, ¡pero quiero que pase por dónde pasa hasta ahora!”

Más allá de las resistencias explícitas e implícitas que encuentran, la diferente vara de medir y la escasez de tiempo, postulamos que operan unos mecanismos estructurales que construyen la división sexual del trabajo que hemos descrito, en la que la representación y la estrategia política del movimiento son las actividades menos feminizadas. A nuestro entender y como ya mencionamos en el apartado 1.3, este reparto del trabajo es debido, en su mayor parte, a las **habilidades y conocimientos** que se necesitan para hacer los diferentes tipos de tareas. Estas habilidades se relacionan -entre otros elementos como el nivel educativo o la trayectoria militante-, muy directamente con las identidades y los roles que se asignan

¹² A nuestro entender, las emociones no son impulsos psicológicos, sino que son a la vez un proceso y un producto social. La manera cómo las personas sienten e interpretan lo que les pasa está muy marcada por pautas de acuerdo al género, la edad, la clase social, etcétera. Existen pues patrones de género por lo que se refiere a la experiencia y al uso de las emociones, que constituyen lo que se puede sentir, lo que se puede decir y lo que no; y que se trasladan y son utilizados en el mundo laboral, en el hogar y en la participación política (Kleinman, 2002). La trayectoria vital de las mujeres está más relacionada con el cuidado de las personas, y por lo tanto están más socializadas en la proximidad de los afectos. Pero además, las subjetividades femeninas tienen como elemento central el presupuesto de que las mujeres vivirán su propia experiencia en términos de emotividad y pasión: socialmente se considera positivo y se espera de ellas que los sentimientos sean una parte central en su forma de vivir el mundo y de hablar de sí mismas.

¹³ A pesar de todo esto, también observamos que en general esta apelación al sentimiento es una argumentación muy común en todos los que participan en la PDE, sean hombres o mujeres (Miró: 2002, Pont: 2002). Desde nuestro punto de vista, este hecho estaría relacionado sobretodo con la identidad territorial y con los sentimientos de agresión y de pertenencia a una comunidad de los que se deriva (a la vez que alimenta) este movimiento.

socialmente en función del género; a través de la percepción que estas mujeres tienen de sí mismas y de sus capacidades, así como de cuáles son las aptitudes que son necesarias para participar en unos u otros espacios.

Las actividades directivas y visibles son las que más están cortadas por un patrón que se ajusta a un modelo masculino. Para desarrollarlas se consideran necesarias una serie de habilidades que, sin hacerlo explícitamente, excluyen a las mujeres en mayor medida. Las mujeres en general no han sido socializadas en la asertividad, la seguridad en sí mismas, la capacidad de articular discursos con un cierto formato y lenguaje, la voluntad de hablar delante de decenas o centenares de personas sin bloquearse, el entrenamiento en asumir los conflictos, la voluntad de no dejarse interrumpir durante el propio discurso, etcétera. Eso explica por qué, a igual nivel de formación, hay más hombres que participan en estos espacios que mujeres; o dicho de otra forma, porque muchas mujeres, pese a tener los conocimientos necesarios -mediante la formación y la implicación política- se inhiben de participar en ellos. En casi todas las mujeres entrevistadas, independientemente del nivel de formación y de la edad, se repiten una serie de actitudes: en las reuniones de ámbito cerrado defienden sus opiniones con firmeza, pero no así en los espacios más públicos y abiertos, en los que se esperan antes de dar su opinión, buscan estar muy seguras de lo que van a decir, creen tener menos capacidades de las que efectivamente tienen, etcétera. Como nos comentan ellas mismas:

“Las mujeres no se atreven a hablar. Y dicen: ‘ahora, con la Plataforma, me he puesto a hablar’. Pero se ponen a hablar pero no hablan en público. ... ‘¿Si me lo dices a mí por qué no lo dices en público?’ Pero no. No lo puedes conseguir.”

“No suelo ser de las personas que participan y que hablan, porque normalmente cuando voy a decir lo que pensaba ya lo ha expresado alguien, y siempre pienso: ¡lo ha expresado mejor de lo que yo lo hubiera hecho! ... Normalmente hay alguien que transmite lo que yo pienso, alguien que está por delante de ti, alguien a quien le gusta más intervenir.”

3.2 Diferencias de género y movilización: habilidades, roles y redes de género

Pero a nuestro entender, el análisis no debe quedarse sólo en la incidencia del género como inhibidor de la participación. Las diferencias de género -que no desigualdades-, a su vez también se expresan en positivo en las prácticas políticas de las mujeres y se revelan como extremadamente útiles para la movilización. El análisis de la PDE nos ha permitido ver la influencia que la gran implicación de mujeres y sus formas de entender, practicar y vivir la participación política tiene en la conformación de las características del movimiento y en su evolución.

Sintetizando, podemos hablar de tres tipos de elementos en los que las diferencias de género influyen de forma significativa en la movilización: en relación con la división sexual del trabajo, vemos cómo los aprendizajes de género son importantes en las prácticas y los tipos de tareas que posibilitan; en relación con las motivaciones para la participación, destacamos la importancia de los roles de género y el papel de las mujeres como responsables de la familia y la vida cotidiana; y en relación con las estructuras de movilización, con las redes sociales que se activan.

Como ya hemos mencionado, las tareas organizativas y de mantenimiento de la infraestructura material y logística de la PDE han sido desarrolladas de forma muy eficiente fundamentalmente por mujeres de todas las edades y niveles educativos; y en cambio, en comparación, hay pocos hombres que hayan participado en estas tareas. Esto es debido en buena medida a las **habilidades informales que se ejercitan en el desempeño de los roles de género**: el trabajo de gestión y organización del hogar y de cuidado de las personas (que en nuestro análisis hemos denominado capacitación reproductiva).

Este “entrenamiento” se concreta en destrezas tales como la capacidad para tener una visión global, el pragmatismo, la optimización de recursos, la capacidad de organización, gestión y de resolución de problemas, la flexibilidad, las habilidades relacionales, comunicativas y de trabajo en equipo, etcétera; que permiten y facilitan que muchas mujeres participen activamente en trabajos de mucha responsabilidad sin tener experiencia previa y con un bajo nivel de formación.

El liderazgo de mujeres de características muy dispares en el trabajo organizativo, logístico y de dinamización, su papel en la mediación afectiva y relacional entre los diferentes sectores de la Plataforma, y finalmente, la importante labor de difusión que han llevado a cabo, no se pueden entender sin tener en cuenta esta capacitación invisible y no reconocida.

Todo ello sin perder de vista, en primer lugar, que estas capacidades, aunque muy útiles para la movilización, no les sirven para acceder a los espacios de decisión y representación; y en segundo lugar que ellas mismas tampoco dan valor a sus aportaciones. En general, las mujeres entrevistadas tienden a mencionar menos cosas de las que verdaderamente hacen y sólo reconocen como importantes las tareas visibles y que requieren de habilidades formales. Las tareas organizativas, logísticas y de difusión informal no se consideran relevantes dado que “*cualquiera las puede hacer*”, como dice una de ellas, puesto que parten de una capacitación no reconocida.

Para comprender cómo en esta movilización tantas mujeres han salido a la calle -muchas de ellas por vez primera- debemos tener en cuenta la **correspondencia entre los objetivos del movimiento y los roles y las responsabilidades socialmente asignadas a las mujeres**¹⁴.

Para muchas de las mujeres entrevistadas¹⁵, la lucha en defensa del Ebro es un tema crucial que les mueve porque forma parte de lo que perciben que son sus obligaciones. A pesar de que puedan sentirse culpables por un supuesto descuido de “sus” tareas en el ámbito familiar, sienten que están cumpliendo con sus responsabilidades a largo plazo. Parten de una concepción comunitaria de la lucha: con su participación en la PDE se erigen como salvaguarda de la continuidad de la comunidad y del río para las futuras generaciones, concretadas éstas en sus hijas e hijos. En esta temática se sienten interpeladas como mujeres y madres, y se han movilizado como extensión de su rol de defensoras y cuidadoras de la familia. Esto hace que no sólo se impliquen las mujeres que se identifican con el ecologismo. Han construido un marco de significado que, conectando los roles tradicionales de defensa de la familia y la comunidad con el activismo político, les ha legitimado como actrices tanto respecto al resto de participantes en la PDE como de cara al exterior.

“Yo lo defiendo porque todo lo que yo he hecho y tengo tiene que ser para mis hijos ... porque si se llevan el agua esto será un pueblo dormitorio. ... los hijos ya no se instalarán aquí, se irán a trabajar fuera. Y si se llevan el agua ya no hace falta ni que vengan los fines de semana porque en las tierras ya no se podrá hacer nada, éste es un pueblo agrícola, ¿qué sentido tendrá? No se podrá trabajar la tierra ni te la comprará nadie y tu también tendrás que irte porque en la vejez te tendrás que ir en busca de tus hijos que ya no estarán aquí.”

“Mi hija ha nacido aquí, y mis sobrinos también, y para mí la familia es lo más importante que hay en el mundo. Entonces quizás por eso mi implicación: para poder dejar unas raíces a mi familia, a los que vienen detrás.”

Otro de los aspectos en los que la influencia del género es muy visible en este movimiento es en las **dinámicas movilizadoras**. Las estructuras conectivas de movilización¹⁶, que vinculan el núcleo organizador o iniciador del movimiento con el entorno social movilizado, no son genéricamente neutras, puesto que las redes sociales están atravesadas por las estratificaciones y jerarquías de género (así como por las de clase, edad, etnia, etc.), que tienden a precipitar la creación de redes informales interpersonales y de organizaciones formales. En el caso de las mujeres, son notorias las redes familiares, sociales y comunitarias desarrolladas como forma de solidaridad y apoyo mutuo en su quehacer cotidiano y que facilitan que las mujeres cumplan con sus responsabilidades de cuidado de la familia y de gestión del hogar.

En este caso en concreto, se ha dado un notable trasvase a la movilización de las prácticas características de sus roles de género (de educadoras de su familia y entorno, y de cuidado de la vida cotidiana). Para comprender la gran capacidad de movilización que ha tenido la PDE necesariamente hay que tener en cuenta que muchas de las mujeres participantes han explotado a fondo sus redes sexuadas de relaciones sociales y personales, haciendo un trabajo constante de difusión informal y de sensibilización tanto a nivel comunitario como familiar¹⁷.

¹⁴ Como muestran otras investigaciones (Rocheleau et alt., 1996; Einwohner et alt., 2000) entre otros, en las movilizaciones que giran alrededor de las necesidades básicas de las comunidades -como por ejemplo los movimientos vecinales, comunitarios y a veces también los ecologistas-, la participación de las mujeres es más notoria e intensa.

¹⁵ Creemos que es generalizable, en tanto que a esta movilización se han incorporado mujeres poco ideologizadas, que se sienten muy alejadas de la política o que dicen que en principio no se movilizarían por otros temas. (Miró: 2002)

¹⁶ McAdam, 1992; Tarrow, 1998.

¹⁷ Las mujeres de la Plataforma que hemos entrevistado hacen un esfuerzo consciente para implicar a sus familias y entornos en la movilización. Lo hacen en primer lugar porque no conciben su participación política como algo desgajado de su vida cotidiana, pero

El Mercado municipal de Tortosa es un nodo central en estas redes, por su carácter de espacio público feminizado al servicio del sostenimiento de la vida privada y de la socialización de los problemas que en ella se dan. Analizando el Mercado¹⁸ se visibiliza claramente cómo actúan estas redes comunitarias de comunicación y qué tipo de impacto puede tener en un movimiento el que las mujeres pongan sus relaciones cotidianas al servicio de un proceso de movilización política. El resultado a nivel de dinamización, de circulación rápida de la información sin coste, y de acceso a personas a las que la información no les llega por otros canales es muy notable.

En esta cuestión también aparecen las diferencias entre mujeres de diferentes condiciones sociales y de diferentes generaciones. Estas redes comunitarias no son utilizadas en la misma medida por todas las mujeres (aunque probablemente sí las transitan todas en mayor o menor grado); sino que “pertenecen” más bien a un determinado tipo de mujeres. Las amas de casa, de origen popular, de mediana edad para arriba, etcétera, son realmente las encargadas del trabajo de comunicación y cohesión comunitaria, y son las que han intentando arrastrar hacia la implicación política a sus relaciones cotidianas. En cambio las mujeres con mayor nivel educativo y profesional han tendido a dejar de lado la movilización informal y más bien se han orientado hacia los espacios de representación formal, implicándose menos en estas otras redes más invisibles.

A su vez, este trabajo de comunicación y cohesión comunitaria que hacen algunas mujeres, al centrarse en un espacio físico, se convierte en visible y reconocible y permite el protagonismo de un colectivo que suele estar poco presente en las movilizaciones. Mediante la apropiación del Puesto de la PDE en el Mercado y su función de portavoces informales, algunas mujeres han entrado en la movilización política de una forma propia, consiguiendo ocupar –tangencialmente, eso sí– el espacio público, convertirse en cruciales para la movilización y tener cierta incidencia en la política de la organización; sin acceder, empero, a los espacios decisorios.

4. CONCLUSIONES:

La presencia de las mujeres en los movimientos sociales parece, en términos generales, escasa y marginal excepto en las reivindicaciones explícitamente feministas. Aunque hemos visto que para participar tienen que vencer más obstáculos que los hombres, el problema, a nuestro entender, no es la baja presencia de las mujeres en los movimientos sociales, sino que la forma cómo estamos definiendo en qué consiste *participar en movimientos sociales* suele invisibilizar los aportes de las mujeres. Una mirada más atenta revela rápidamente que, por lo menos en este caso, las mujeres son mayoría, con un papel muy activo y fundamental; lo que realmente es escaso es sólo su presencia en los espacios visibles y formalizados de la movilización. Las diferencias y desigualdades de género, pues, a la vez que dibujan unos determinados límites y obstáculos (para el reconocimiento y el acceso a los espacios de poder internos), también pueden facilitar la acción política.

En la organización y el funcionamiento cotidiano de la Plataforma se reproducen los parámetros de desigualdad y división sexual del trabajo en su interior. El hecho de que estemos hablando de un grupo comprometido con la transformación social, paradójicamente, dificulta el reconocimiento de esta desigualdad: parece que pueda quedar al margen de las dinámicas de poder y dominación. Además, el hecho de que efectivamente, haya muchas mujeres implicadas y que éstas sean muy activas en el movimiento también contribuye a invisibilizar las problemáticas específicas con las que se encuentran.

En los movimientos no feministas, al no haber una atención específica a la reproducción de las desigualdades de género, frecuentemente no se visibilizan las desigualdades de poder internas, y las formas de hacer excluyentes. Pero, a la vez, el hecho de que éste no sea un movimiento feminista, y dado el contexto actual de efectiva lejanía de lo político por parte de la mayoría de las mujeres, permite que emerjan más fácilmente otras formas de entender lo político. Buena parte del feminismo, especialmente el institucional, se nutre de unas determinadas capas sociales (de un contingente de mujeres con un nivel educativo medio o alto y de clase media), y se basa en una cultura política muy determinada e ideologizada. Esto frecuentemente tiene poca relación con la vida cotidiana y las percepciones de la

también porque sin esta implicación o cuanto menos sin una cierta comprensión y apoyo por parte del resto de su familia ellas no podrían dedicarle tanto tiempo a la PDE

¹⁸ El análisis del Mercado nos permite aproximarnos a las dinámicas de información y comunicación informal, que pese al consenso existente sobre el papel determinante que juegan para el alcance y éxito de la protesta social, por su propia dificultad metodológica es uno de los elementos menos estudiados. En general se suelen investigar o bien las cuestiones de contenido (análisis de los marcos de significados y de los procesos de enmarcamiento: ver McAdam et al., 1999), o bien los procesos de difusión más formales vía prensa o internet.

mayoría de las mujeres, que parten de una forma de estar en el mundo en general poco conectada con la ideología y la cultura política de la izquierda.

Por todo ello, las movilizaciones no feministas, especialmente las que como este caso se conectan con los roles y responsabilidades tradicionales de las mujeres, son con frecuencia laboratorios interesantísimos donde conviven formas muy diversas de entender la participación y donde muchas mujeres participan políticamente sin una experiencia previa de socialización militante; lo cual tiene el potencial de transformar profundamente tanto los movimientos en los que participan como los propios roles de género y las formas de entender la política de las mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

ACKER, J. (1990): "Hierarchies, jobs, bodies: A theory of gendered organizations", *Gender & Society* 4: 139-58.

AMORÓS, C. (1994): "Espacio público, espacio privado y definiciones ideológicas de 'lo masculino' y 'lo femenino'", en Amorós, C., *Feminismo, igualdad y diferencia*, México DF, UNAM.

BIGLIA, B. (2004): "Transformando dinámicas generizadas: Propuestas de activistas de Movimientos Sociales mixtos", *Athenea Digital*, 4.

BRU-BISTUER, J. (1996): "Spanish women against industrial waste. A gender perspective on environmental grassroots movements", en Rocheleau et alt., *Feminist political ecology: global issues and local experiences*, London, Routledge.

CARRASQUER, P.; TORNS, T; TEJERO, E; ROMERO, A. (1998): "El trabajo reproductivo", *Papers*, núm. 55, pp 95-115.

COHEN, TOURAINÉ, MELUCCI, JENKING (1988): *Teoría de los movimientos sociales*. San José de Costa Rica, Flacso.

COLECTIVO IOÉ (1996): *Tiempo social contra reloj: las mujeres y la transformación en los usos del tiempo*, Madrid, Instituto de la Mujer.

DE MIGUEL, A. (1994): "Los feminismos a través de la historia", en Amorós, C. *10 palabras clave de feminismo*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.

DUNEZAT, X. (1999): "Mouvements sociaux sexués: reproduction et changements", *Cahiers du Genre*, n°26, p.101-109.

EINWOHNER, HOLLANDER, OLSON (2000): "Engendering Social Movements. Cultural Images and Movement Dynamics", *Gender & Society*, Vol. 14 n° 5, pp. 679-699.

GILLIGAN, C. (1985): *La moral y la teoría: Psicología del desarrollo femenino*, México D.F., Fondo de Cultura económica.

GÓMEZ BUENO, C. (2001): "Mujer y trabajo: principales ejes de análisis", *Papers* 63/64, pp.123-140.

HARAWAY, D. (1995): "<Género> para un diccionario marxista: la política sexual de una palabra" en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra.

IBARRA, P.; GOMÀ, R. y MARTÍ, S. (eds.) (2002): *Creadores de democracia. Movimientos sociales y redes de políticas en Euskadi y Catalunya*, Barcelona, Icària.

IZQUIERDO, M^aJ. (2001): *Sin vuelta de hoja: sexismo, placer y trabajo*, Barcelona, Bellaterra.

JULIANO, M^aD. (1992): *El juego de las astucias: mujer y construcción de modelos sociales alternativos*, Madrid, Horas y Horas Ediciones.

KLEINMAN, S. (2002): "Emotions, fieldwork and professional lives", en MAY, T (ed.), *Qualitative Research in Action*, London and New Delhi: Centre for Sustainable Urban & Regional.

MC ADAM, D. (1992): "Gender as a mediator of the activist experience: the case of Freedom Summer", *American Journal of Sociology* 97: 1211-49.

MC ADAM, D., MCCARTHY, L., ZALD, M. (1999): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*. Madrid, Istmo.

MIRÓ, N. (2003): *Anàlisi de la participació de la ciutadania tortosina en la defensa del riu Ebre*, IV Congrés Català de Sociologia. Associació Catalana de Sociologia,.

MOMSEN, J. (1999): "Diferències de gènere en la percepció i preocupació ambiental", *Documents d'anàlisi geogràfica*, nº 35, pp. 25-44.

NASH, M. (2004): *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Madrid, Alianza.

PATEMAN, C. (1995): *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos.

PONT, J (dir) (2002): *La lluita per l'Ebre: el moviment social contra el Pla Hidrològic Nacional*, Barcelona, Mediterrània.

RIVERA, M^aM. (2001): *Mujeres en relación. Feminismo 1970-2000*, Barcelona, Icària.

ROCHELEAU, D; THORNAS-SLAYTER, B; WANGARI, E. (1996): *Feminist political ecology: global issues and local experiences*, London, Routledge.

SORRIBES, J., FERRÉ, P. (2004): *El final del movimiento social contra el trasvase del Ebro: logros y fracasos*, Universitat d'Alacant: VIII Congreso Español de Sociología-Federación Española de Sociología.

TARROW, S. (1998): *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y política*. Madrid, Alianza.

TAYLOR, V. (1999): "Gender processes in women's self-help movements". *Gender & Society*, Vol. 13, Nº 1.

VALCARCEL, A. (1997): *La política de las mujeres*, Madrid, Cátedra.

VALIENTE, C. (2002): "An overview on research on gender in spanish society", *Gender & Society*, Vol 16 nº 6, pp. 767-792.

NOTA SOBRE LAS AUTORAS:

Eva Alfama, Neus Miró, Marc Martí, Laura Giménez, Anna Obradors y Robert González forman parte del Institut de Govern i Polítiques Públiques (IGOP), centro de investigación de la Universitat Autònoma de Barcelona. Uno de los ámbitos de investigación principales del IGOP desde su creación han sido los mecanismos de participación social y política, tanto formales como informales. En este contexto, se ha desarrollado una línea específica alrededor del estudio de los movimientos sociales en la cual se enmarca este trabajo.